

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8734

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico a letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 5 Diciembre 1897

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

EL TABACO.

Cara y cruz.

Los higienistas de Francia tienen declarada guerra al tabaco. Además de haber constituido una sociedad contra la productiva planta, hacen propaganda de sus ideas en los Congresos de higiene, llevan periódicamente la discusión del tema a las Academias y sociedades sabias, y trabajan en el seno de las familias para poner coto a lo que ellos llaman peñigos del uso del tabaco.

Muchos de los enfermos fumadores que de España han venido a consultar con médicos de París, recordarán haber oído como una de las primeras prescripciones del tratamiento la prohibición de fumar. El que ahora tenga la desgracia de ir por allá a ver a algún galeno, se encontrará con un verdadero delirio tabacófilo. Está de nuevo el asunto a la orden del día en la Academia de Medicina, y es moda entre los médicos la proscripción del tabaco a sus enfermos, sobre todo si son españoles, que son los que más fama de sempiternos é incurables fumadores gozan. Entre las exageraciones, por no calificarlas de otro modo, que se han dicho en la citada Academia, se cuenta la de acusar al tabaco de contribuir... ¡a la despoblación de Francia! y en verdad que semejante especie solo puede ocurrirse a un sabio convertido porque el uso del tabaco tiene en efecto sus inconvenientes y sus peligros, pero eso de que contribuya a la despoblación, es cosa inadmisibles, y más en España, donde la población crece bastante a pesar del abuso que hace de la nicotina.

Que a la larga altere la salud; que tome mayor ó menor participación en la etiología de algunas enfermedades de la boca, de la garganta y del estómago; que exacerbe más ó menos los estados nerviosos, nadie puede dudarlo: lo que si negarán todos es que intoxique ó envenene del mismo modo que el alcohol y la morfina, con cuyos efectos pretenden igualar los del tabaco los médicos franceses.

Le atribuyen la depresión de la inteligencia, la borrachera, el decrecimiento de la energía física y moral, y lo acusan de conducir a la holganza. Contra tal cúmulo de cargos bastaría recordar a los tabacófilos el discurso de un individuo de uno de los Congresos de higiene celebrado en los últimos años en el Mediodía de Francia.

Se discutía cómo no? la cuestión del tabaco; se habían desatado todos en improperios sin que nadie se atreviera a defen-

der la desdichada sustancia, y ya parecía agotado el tema cuando se levantó a hablar sobre él una especie de Goliat por lo alto, lo grueso y por su aspecto vigoroso, y dijo poco más ó menos:

«Soy el más débil, el raquítico de tres generaciones que viven; mi abuelo jamás se quita la pipa de la boca; mi padre alterna la pipa con el puro, pero siempre está fumando; mis hermanos hacen lo mismo, y yo tengo apagado el cigarro cuando, como ahora me sucede, no me se permite fumar. Es cuanto tenía que decir.

No sabemos si aquel argumento *ad homine* convencería a sus colegas del Congreso. Lo que si puede afirmarse es que el caso no es excepcional.

Precisamente; y así lo recuerda el higienista M. Rochard, el pueblo más fecundo actualmente de Europa es un pueblo de fumadores. Los alemanes fuman de la mañana a la noche, y sin embargo, hacen extraordinarios progresos científicos, y son el pueblo que se reproduce y crece más rápidamente.

Fumad, fumad sin miedo aquellos que gustéis de esa costumbre—no vicio,—pues en el uso moderado del tabaco encontraréis el amigo y el auxiliar más fiel. Los que os dedicáis a trabajos intelectuales, los que tenéis motivos de grandes preocupaciones, habéis podido observar qué de ideas luminosas y brillantes os ha suministrado el cigarrillo en la breve tregua dedicada a descansar de vuestras tareas.

Si alguna vez habéis sentido movimientos irresistibles de ira, habéis notado también qué de propiedades sedantes tiene el tabaco, cómo calma las excitaciones más fuertes atenúa la cólera y conforta en las horas de inquietud y de angustia.

Pero fumad con moderación; y en tanto que estéis sanos; sino, sentid los inconvenientes del abuso, que serán objeto del artículo próximo.

Un fumador.

AVENTURAS Y EXPLORACIONES

Francia ha concebido un proyecto grandioso: unir al través del Sudán francés la Argelia y Túnez con sus posesiones del Senegal y del Congo

Realizado el pensamiento, Francia será dueña de la tercera parte del Africa y del imperio colonial más grande del mundo.

Un hombre relativamente obscuro, un explorador conocido hasta ahora de muy pocas personas, pero de un valor a toda prueba y de asombrosa energía, ha sido el autor del pensamiento, y lo está llevando a cabo desde hace meses si es que no ha muerto, porque las últimas noticias que se tienen de él, son no más que de su llegada al Congo.

Paul Crampel se llama este explorador.

Más audaz que Brazza, que Stanley, que Wissemann y demás viajeros africanos que para internarse en el Continente Negro, llevan escoltas de 700 y 800 hombres armados de carabinas revólvers, Crampel, no encontrando quien le ayudase, tuvo la temeridad inconcebible de hacer su primera exploración a los países ignotos del centro de Africa, acompañado únicamente de dos laptores; es decir, de dos negros, arrojando sin miedo la hostilidad de las tribus terribles del interior y batidiéndose cien veces con ellas.

El explorador salió milagrosamente con vida de aquella aventura, y el descubrimiento

del río Djad y de las regiones que baña, y el levantamiento de un mapa completísimo de los países recorridos por él y el reconocimiento de la soberanía francesa por los régu los de luengas tierras, fueron su recompensa.

Durante doscientos veinte días consecutivos estuvo Crampel sin poder salir de aquella inmensa selva negra del Africa Central, que tan largamente ha descrito Stanley, y donde sucumbió buena parte de la gente del viajero inglés.

Caminaba sin ver casi el cielo, tan espeso era el ramaje, palabreando con los indígenas, firmando tratados y estudiando los costumbres y el comercio con tanta precisión, que ha podido hacer luego el cuadro exacto de las vías comerciales de cada tribu, de las cantidades de marfil que tienen almacenadas y del precio de las mercancías. Los indígenas no se le mostraban demasiado hostiles, viendo que no iba más que con dos laptores armados, pero llegó un momento en que empezaron a desconfiar de él.

Entonces Crampel resolvió casarse.

Comenzó a hacerse correr la voz de que al visitar las tribus no tenía otro propósito que el de buscar esposa a su gusto.

Un día el jefe de los Pahuinos le cogió la palabra.

Eyegué le ofreció su hija la princesa Niarizhie en casamiento.

La novia tenía unos nueve años.

El explorador, haciendo de tripas corazón, aceptó tan extravagante enlace, porque un desaire le habría costado la vida.

La boda fue con todo el ceremonial negro, tam tam, etc., y las fiestas duraron cinco días al cabo de ellos Eyegué reunió a sus súbditos, y cogiendo de la mano a la princesita les dijo:

—Mando a mi corazón que se vaya con el blanco.

Y después, dirigiéndose a su hija, añadió:

—Ya no tienes padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas. No tienes más que al blanco.

La boda quedó hecha y Crampel continuó su viaje en compañía de su infantil esposa.

Esta era bonita, en clase de negra, y muy viva; pero siguiendo la moda pahuina, tenía clavadas en el labio superior una porción de cerdas de elefante, muy largas y muy tiesas, que la daban extraño aspecto de gato.

Al llegar al límite de las posesiones alemanas, el explorador tuvo que emprender la vuelta a la costa.

El regreso fue terrible. Los negros tomados para que llevaran las cargas de provisiones, instrumentos, fotografías, medicinas, etcétera, aterrados por lo mucho que habían sufrido en la gran selva negra, se negaron a entrar de nuevo en ella.

Hubo que construir balsas y aprovechar un río caudaloso, que indudablemente llevaría la expedición al mar.

Por desgracia la región que atravesaban acababa de ser teatro de los combates del teniente alemán Kunt, y los indígenas tenían declarada la guerra sin cuartel a cuanto oliese a europeo.

Las almadias fueron atacadas tres veces. Uno de los dos laptores fue muerto juntamente con uno de los negros alquilados.

En el tercer ataque éstos se echaron al agua, aterrados por el número de enemigos que hacían fuego desde la orilla y abandonaron las balsas, que iban a estrellarse contra las peñas ó a varar en el cieno.

Desde la suya, Crampel asistía impotente y consternado a la pérdida de todos sus recursos, y a la destrucción de todos los documentos, reunidos a costa de tantos peligros y tan largos sufrimientos.

Pero llegó un momento en que vió cogida entre dos peñascos, a alguna distancia, la caja que contenía sus notas topográficas, sus apuntes y sus clichés de fotografía.

Entonces no pudo contenerse, se echó al agua é también, y en medio de una lluvia de balas fue a rescatar la caja.

Un proyectil le rozó la cabeza, otro le alcanzó en el muslo, y el explorador cayó herido al suelo en el momento mismo en que, empujando su tesoro, abordaba la ribera opuesta a la que ocupaban los indígenas hostiles.

Para despistar a sus perseguidores, Crampel tuvo que internarse en la selva pantanosa que bordeaba el río.

La situación era terrible: sin recursos, casi sin municiones, caminando en cieno y hundiéndose hasta los muslos a cada paso, la fiebre palúdica atacando uno a uno a todos los negros, y él, Crampel, herido y arrastrándose dolorosamente.

Avanzaban cuanto más cinco kilómetros al día, y constituían su único alimento las raíces de manioco; pero como el manioco necesita una preparación muy larga para eliminar el veneno que contiene, y no había a mano elementos para prepararlo, resultó que a poco todos tenían vértigos, debilidades, violentos dolores de cabeza, y, en una palabra, los síntomas de la intoxicación.

Al principio Crampel se esforzó por sacarse la bala con un cortaplumas. Pero el proyectil había penetrado muy adentro, la herida se había inflamado, la hinchazón invadía toda la pierna y amenazaba la gangrena. El explorador recurrió a la medicina indígena.

—¿Qué hacéis en estos casos?—preguntó a sus negros.

Le contestaron que la costumbre era practicar incisiones en el miembro enfermo para provocar una hemorragia abundante que arrastrase a la sangre podrida. Así se hizo; evitóse la gangrena, y Crampel mejoró mucho, aunque la pierna se le quedó paralizada.

Así fue la mayor parte del regreso a la costa, pasando una porción de semanas de angustias y de sufrimientos espantosos, sin poder cazar ni disparar un tiro por miedo a los indígenas, teniendo que matar al único perro que llevaba la expedición, y viéndose obligado el explorador, abatido por la calentura y las pérdidas de sangre, a llevar a veces a hombros a la princesilla negra con quien se había casado y que sin él habría muerto cien veces de fatiga y de privaciones en la terrible selva pantanosa.

Crampel no ha publicado todavía el relato de su viaje.

No ha tenido tiempo para ello, porque apenas fue a París entró en el hospital de Valde-Grace para que le extrajeran la bala que le tenía paralizada la pierna. En la cama, durante la convalecencia, concibió la idea grandiosa que encabeza este artículo, y sin pérdida de tiempo marchó de nuevo al Africa para realizarla.

Pero como el tiempo apremia, y los alemanes y los ingleses se han puesto en campaña para adelantarse en la ocupación de territorios é imposibilitar la realización del proyecto de Francia, de otros puntos de Africa han salido ya otras dos expediciones francesas que van a trabajar también, cada una por su lado, en llevar a cabo la obra de Crampel. Las dos han tenido que librar verdaderas batallas contra los negros, azuzados contra ellos por ingleses y alemanes. En cuanto a la de Crampel, nada se sabe de ella, como hemos dicho.

Sólo el tiempo puede decir cuál será el resultado de la lucha empeñada, y si Francia realizando el ensueño de un explorador obs-